

Los temas eternos
Reflexiones ante el otoño
El amor y la muerte
“¡Tanto se aprende en término de un día!”, Calderón*

El supremo interés humano se polariza en estas dos direcciones: amor y muerte. Por eso el arte gira constantemente en torno de estos dos elementos misteriosos.

Ved en las diversas culturas, en los grandes líricos, bajo todas las religiones, repetirse con eterno "ritornello" la bella comparación de la vida humana con la vida vegetal. ¿Por qué esta comparación? Porque la lozanía y la caducidad de la flor, de la brizna y de la hoja se realizan en un ciclo breve, que nos permite advertir, con fuerte y condensado realismo, la fugacidad inexorable de nuestra propia existencia. Es mejor que una comparación adecuada; es una analogía biológica...

El tono varía según la época, según la raza, según la sensibilidad del poeta: pero la imagen es la misma, grandiosa en Homero cuando compara a los hombres a las hojas de un árbol gigantesco, siempre renovadas; ligera en Omar-Kayyan, delicada y musical en Tasso, patética en Shakespeare, doliente en Manrique, austera en Calderón, frívola en Murger.

Cuando se lee en Millevoye:

Tombe, tombe, feuille éphémère...

el contenido sentimental de estas tres palabras rebosa hasta derramarse en el alma del lector. Ese verbo repetido, a pesar de su imperativo, no manda nada, sino que, por el contrario, se doblega bajo la fatalidad: la hoja ha de caer inevitablemente con su lúgubre augurio; el poeta la contempla sin rebeldía. Tiene ese verbo francés la misma raíz que la palabra "tumba", lo cual no es fortuito, pues lo que está en la tumba es lo definitivamente caído para siempre; así, en la traducción, pierde este verso admirable gran parte de su expresión. Nosotros poseemos también el verbo "tumbar"; pero su significado no tiene la irreprochable nobleza con que puede emplearse en francés. Y después de ese verbo, el

* Artículo aparecido en *La Voz*, 9-11-1935, p. 3. El periódico fue fundado en julio de 1920 por José Nicolás de Ugoiti y dirigido por el periodista granadino Enrique Fajardo, conocido como *Fabián Vidal*. Se proponía ser el hermano popular del periódico *El Sol*, matutino y más prestigioso, y tenía como subtítulo "diario independiente de la noche". Era un periódico bien escrito y no sensacionalista que alcanzó el primer puesto en la venta callejera. Entre sus muchos y prestigiosos colaboradores recordamos a Luis Araquistain, Enrique Díez-Canedo, Nilo Fabra, Ortega, Maeztu o Pérez de Ayala. Sus talleres fueron confiscados en marzo de 1939 por La Falange que allí editó su *Arriba*. El artículo es un ejemplo de la amplia cultura literaria de Matilde Ras, puesta aquí a servicio de temas universales y de un público popular.

substantivo "feuille", hoja - esa cosa tan bella, tan vital, y por lo mismo tan mortal- con su calificativo perfecto de efímera, nos da juntamente en tres palabras una imagen, un símbolo, una visión del otoño, llena de misterioso encanto, y una aceptación del trágico destino.

La "Balada de la Rosa", del dulcísimo poeta napolitano, es de puro corte renacentista. A través del sabor pagano se advierte ya la melancolía moderna. Oíd el sollozo de Shakespeare: "Yo no parodio ya sino la estación helada, en que solo cuelgan de los árboles escasas y amarillentas hojas, que hace temblar el viento frío."

Nuestro poeta Rioja, como antes Bossuet en una de sus más famosas "Oraciones fúnebres", repite la fuerte expresión de las Sagradas Escrituras. Nuestra vida no es más que "el heno a la mañana verde - seco a la tarde", y continúa, con grave y elegante ritmo: "Las hojas que en las altas selvas vimos - cayeron, y nosotros a porfía - en nuestro engaño, inmóviles vivimos".

Es decir, permanecemos insensibles a esa lección perenne que nos dan los momentos del año; no vemos más que el fenómeno externo, sin preocuparnos de su significado.

La misma idea se desenvuelve, con magnificencia en el famosísimo soneto de Calderón "A unas rosas". Sus versos alcanzan tan densa plenitud, que el oído se engaña y cree que rebasan las catorce líneas clásicas. La muerte de las rosas "será escarmiento de la vida humana.- ¡Tanto se aprende en término de un día!" Este soneto encierra también la eterna comparación de la juventud con la primavera, en síntesis completa del proceso vital.

Con vibrante sensibilidad, Víctor Catalá exclama: "¡Oh quim esglay don la mort de las fullas! - ¡Oh quim calfret en las telas del cor!" ("¡Oh qué espanto da la muerte de las hojas! - ¡Oh qué escalofrío en las telas del corazón!")

¿Y el extraño Baudelaire? Su "Canto de otoño" comienza: "Pronto nos sumergiremos en las frías tinieblas; -¡adiós, viva claridad de nuestros estíos demasiado breves!" El poeta oye cortar los troncos de leña en el patio y le parece que clavan a toda prisa un ataúd... "¿Para quién? - Ayer era el estío; ¡he aquí el otoño! - Ese ruido misterioso suena como una despedida".

Pero ¿a qué multiplicar más ejemplos? Su sola anotación daría compacta materia para un libro, sin que la repetición del tema dejase de ofrecer sorprendentes variedades.

No a otra filiación pertenece, en el orden plástico, la imagen guadañadora de la Muerte.

Ocurre alguna vez también, cuando se advierte la extinción rápida e inevitable de la salud, que se invierte la comparación, y es aun la vida humana la que cae ante la vida vegetal, esa indiferente espectadora.

La sensibilidad del poeta se afina entonces todavía más. Ya no es una consideración filosófica, sino una voz dramatizada del instinto, "el espanto seguro de estar mañana muerto", como en el tuberculoso Stechetti:

"Vuestra púrpura alegre, -clavellinas de invierno, no veré; -mis carnes se deshacen... - ¡Mañana a mi balcón no volveré!".

Matilde Ras